

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Clemencia Jacquinot

Los Factores de la Educación social

Durante demasiado tiempo, las cuestiones de educación, que tan preponderante lugar ocupan en el porvenir de la humanidad, se han reducido á simples opiniones más ó menos arbitrariamente emitidas, á observaciones puramente superficiales que podían parecer suficientes cuando se creía en una psicología independiente de toda relación con nuestros órganos físicos. Pero hoy que sabemos que la inteligencia no es más que el resultado de las funciones cerebrales, se ha hecho necesario llevar las investigaciones sobre otro terreno, crear una ciencia pedagógica y estudiar los hechos de educación en su aspecto de la observación rigurosa, teniendo exacta cuenta de todos los factores que entran en juego para hacer de nosotros lo que somos.

De estos factores, unos tienen por objeto la conservación de nuestra vida y pertenecen al dominio de la higiene; á este título interesan en sumo grado á los educadores, ya que son la base sobre la que edificarán todos sus trabajos. Los otros factores, que deben tener en cuenta con no menos rigorosidad, son los que tendrán que servirse de ellos en todo el curso de su obra educativa.

Importa, pues, estudiar estos factores, hacer un análisis de ellos tan exacto como sea posible, no tan solo desde el

punto de vista de su naturaleza particular, sino desde el de los resultados pedagógicos que de ellos se puede obtener y del modo que pueden ayudar ó dificultar la conducta de la educación hacia el fin deseado.

Ante todo conviene, por consiguiente, definir una vez más con exactitud cual es este fin de la educación.

Se nos objetará que no vamos á hacer más que repetir una definición archiconocida y aceptada por todos, diciendo que el fin de la educación es formar hombres libres. Es verdad; pero, de una parte, es siempre bueno repetir una verdad, sobre todo cuando puede servir á esclarecer un estudio, y de otra parte, cada uno entiende á su manera los medios de alcanzar aquel objeto.

Nuestro objeto es, ahora, suministrar materiales á los que se ocupan de estas cuestiones, examinando de un modo imparcial, fuera y por encima de todas las discusiones de los partidos, qué recursos son los que nos ofrece el hombre mismo para permitirle alcanzar la condición de hombre libre.

Comenzaremos, pues, por averiguar que es lo que debe entenderse por «hombre libre».

Para muchos, un hombre libre es aquel que puede hacer lo que quiere.

esto nos lleva a
Ayuntamiento de Madrid

No vamos á discutir aquí, ya que sería fuera de lugar, la cuestión de saber si el hombre puede ó no querer á voluntad. Daremos por admitido que la propiedad de querer es una función cerebral que depende, como todas las demás funciones orgánicas nuestras, de nuestra naturaleza y de sus relaciones con el mundo exterior, del cual no somos por lo demás, sino una parte. Por consiguiente, nuestra voluntad está determinada por nuestras sensaciones, por las circunstancias, por diversas sugerencias de las que ordinariamente no sabemos darnos cuenta.

Esta voluntad primitiva no es la que nosotros consideramos. Hasta quisiéramos reservarle el nombre de «impulsión», que le conviene mejor, y conservar la palabra *voluntad* para el acto cerebral consciente, reflexionado, resultado de la organización interior de nuestros diversos deseos para tender á un fin previsto con todo conocimiento de causa.

Además de las acciones puramente reflejas que podemos hacer, hay otras que efectuamos de pleno grado sin haber previsto todas las consecuencias. Cuantas veces no hemos oído exclamar: «¡Si lo hubiese sabido no habría hecho tal cosa... No es esto lo que yo quería hacer!» No hay, pues, en este caso, voluntad verdadera; no hay más que un albor de conciencia y mucha impulsividad.

Al contrario, cuando consideramos con toda la reflexión deseable un resultado que nos proponemos, cuyas lógicas consecuencias todos hemos medido y que hemos examinado los medios que hay que emplear para llegar al resultado—bueno ó malo, no se trata aquí de esto—sea entonces la que fuere la determinación que tomemos, podremos realmente decir que hemos querido, que hemos hecho acto de voluntad.

Averigüemos, ahora, cual puede ser el valor social de este acto de voluntad.

(Al llegar aquí abramos un paréntesis para afirmar nuestra creencia en la

estrecha relación que une el individuo á la sociedad, de tal modo que no puede hacer ningún acto en favor ó en detrimento de la sociedad sin que él mismo experimente en el mismo sentido el contragolpe, ó dicho de otro modo: todo acto que beneficie á la sociedad, beneficia al mismo tiempo al individuo y recíprocamente.)

Examinadas nuestras acciones voluntarias desde el punto de vista social, éstas pueden ser útiles, indiferentes ó perjudiciales.

Siendo útil una acción voluntaria hay *ventaja* en efectuarla, y, por consiguiente, nace el *deber* de ejecutarla.

Si una acción es indiferente, hay ventaja para el individuo á seguir su voluntad que le incita á efectuarla.

En fin, en el caso que la acción que queremos hacer es perjudicial á la sociedad, debemos reprimir nuestra voluntad; tenemos el *deber* de abstenernos de realizarla.

Aquí debemos abrir otro paréntesis para determinar un punto importante: ¿Por qué tenemos el deseo de ser libres?

Según nuestro modo de ver, es porque la libertad es el único medio de asegurar al hombre la mayor suma de felicidad posible.

Podemos, pues, ahora, sentar esta definición: El hombre libre es aquel que en cualquier circunstancia sabe escoger y ejecutar las acciones útiles ó indiferentes á la sociedad y abstenerse de las acciones perjudiciales al bien general.

Ya hemos visto que este es el único medio que puede permitirle ser tan feliz como sea posible, es decir, cumplir los fines de la libertad.

En otros términos: un hombre libre es aquel que mayor imperio tiene sobre sí mismo.

Y ahora, sentado lo que antecede, podremos entrar de lleno en el fondo de nuestro estudio.

(Continuará.)

Autonomía y Solidaridad

III

Demostrado, con el irrecusable testimonio del propio Darwin, que su teoría de la lucha por la existencia no ha de interpretarse en el sentido restringido y egoísta de una lucha de individuos contra individuos, sino en el sentido de una lucha grandiosa de la *especie entera* contra los obstáculos que á su vida le opone el medio natural, ¿á qué queda reducido el individualismo del señor Comas? A una lucha antisocial, de individuos contra individuos para el triunfo del más fuerte; á una insolidaridad que de ningún modo puede producir la armonía social que persiguen todas las escuelas socialistas.

Sostiene el Sr. Comas que esta armonía social ha de surgir del equilibrio que se establecerá después del choque violento de las diversas individualidades, cuando lo cierto es todo lo contrario, es decir, que no tan sólo no lo preestablece ninguna teoría, sino que se va produciendo cada vez más á medida que aumenta la inteligenciación y el apoyo mutuo entre los hombres. La armonía social, como la Verdad, como todò, están en continua formación, y cuando el señor Comas nos atribuye que la establecemos *à priori* teóricamente formada toda de una pieza, se equivoca grandemente.

Derrocada la falsa base en que se apoya, vamos á recordarle, para demostrarle lo absurdo de su individualismo absoluto, una cosa que olvidan los que por estudiar el Individuo olvidan á los individuos: que el individuo es un sér social, y por ser tal, subordinable; su libertad, dígase lo que se quiera, está limitada, no puede ser absoluta. Estamos, en este punto, de acuerdo con Spencer, y lo estamos con Pedro Gori, cuando dice:

«La solución del problema, en sus re-

laciones entre el individuo y el agregado de individuos que se llama Sociedad, debe efectuarse contemporáneamente en el campo económico y en el político. Siendo la base moral y jurídica de la economía individualista hoy imperante, un principio diametralmente opuesto al que impera en las leyes biológicas de los agregados animales superiores, como la especie humana, la revolución que se presenta fatal en la historia no puede ser más que un resurgir profundo de estas bases morales de la sociedad moderna (instinto de conservación é instinto de procreación), que después de un siglo de desenfrenada competencia del individuo en la lucha vital, ha agotado toda la parábola ascendente y descendente de sus fuerzas para dar vida á nuevas formas de convivencia en las cuales el hombre, en lugar de conquistar el bienestar luchando *contra* sus propios semejantes, procure asegurarse la felicidad con el *curso suyo* y en la estable garantía del bienestar reivindicado para todos» (1).

El individuo, por consiguiente, puede y debe emanciparse de toda Autoridad coercitiva, material, pero no de esta subordinación, de esta dependencia mutua.

«No hay ni puede haber sociedad—escribe Hamon (2),—un determinista, Sr. Comas—donde el individuo no esté más ó menos *subordinado* á la colectividad. La idea de sociedad implica necesariamente la idea de asociación, de inteligenciación entre todos los miembros de la sociedad. De ahí se sigue fatalmente una *subordinación mutua* de los individuos, *subordinación volun-*

(1) *Le Basi morali dell' Anarchia*, pág. 5.

(2) *El anarquismo ¿es una fracción del socialismo?* (*Société Nouvelle*, Paris). Forma parte de un volumen, *Socialismo y Anarquía*, que publicará en breve el editor Sempere, de Valencia.

taria, sin sanción coercitiva ú obligatoria impuesta por una coerción cualquiera...

»La idea de sociedad implica necesariamente la idea de *inteligenciación*, de acuerdo entre los miembros, y, por consiguiente, la idea de organización. Esta organización es, ó voluntaria, querida por todos los miembros de la sociedad, ó impuesta por una mayoría, ó por una minoría, ó hasta por un solo individuo, por medio de procedimientos coercitivos.»

Subordinación voluntaria; fíjese bien, no impuesta por procedimientos coercitivos (1). ¿Cree que esta subordinación voluntaria—la *dependencia mutua* de que nos habla Darwin para que sea próspera la comunidad—encierra un atentado á la autonomía individual?

Se lo preguntamos porque, visto su empeño en desligar el individuo de la sociedad, de rehuir esta dependencia mutua, esta subordinación voluntaria que él llama la autoridad de la sociedad, no nos explicamos con que lógica sostiene luego y halla bueno que el «yo del filósofo, del sociólogo, del pedagogo, del artista, etc., *atenen* á la manera de ser de los demás, á su libertad.»

Si á dicho señor le parece insoportable la tiranía colectiva, á nosotros nos parece asimismo insoportable este atentado que cometería el yo de los individuos que, á poco que les den mimbres y tiempo, y la experiencia está hecha, se convierten en déspotas (2).

(1) «Pero hay que notar que, cuanto más avanza la civilización, más se desarrolla la individualidad; y este desarrollo puede llegar á ser una causa de decadencia si al mismo tiempo que la individualidad se muestra más libre y más rica, no se subordina voluntariamente al conjunto social. El equilibrio, la conciliación de la individualidad creciente y de la solidaridad creciente; ese es el difícil problema que se plantea en las sociedades modernas. En cuanto se rompe este equilibrio en beneficio de lo que tiene de exclusivo y de egoísta la individualidad, hay debilitamiento del bienestar social y del espíritu público; hay desequilibrio, enfermedad, vejez, decadencia física y moral.» — GUYAU, *El Arte desde el punto de vista sociológico*.

(2) «No hagas á los demás lo que no quieres

Precisamente porque huimos de todos los despotismos, de todas las tiranías, de todos los atentados á la autonomía del individuo, los anarquistas-comunistas preconizamos esta subordinación voluntaria, este mutuo acuerdo, este apoyo mutuo. Estamos hartos de los «genios» que quieren ó puede darse el caso de que nos influyan á estilo y modo de cualquier Rebeca del Rosmersholm: criminalmente (1). Por tiránica que le parezca la pretendida autoridad de la Sociedad, en su más mínima expresión «subordinación voluntaria,» resultará siempre preferible á la tiranía de un Napoleón, de un Alejandro ó de cualquier otro loco por el estilo. Contra semejantes «desbordamientos del Individuo» hay que ponerse en guardia (2). Podríamos caer

hagan contigo»: es este siempre un pretexto de salvaguardia individual. De hecho, toda acción determina una reacción. Que todos obren en el mismo sentido contra el ambiente hostil — tal como quiere el interés de cada uno — y la reacción del ambiente quedará fuertemente atenuada ó hasta anulada por la resistencia de todos á sus nefastos efectos. Pero si en lugar de impulsar mi esfuerzo en este sentido lo dirijo contra mi vecino, determino una acción de mi vecino en contra mía; mi vecino sufre por mi causa y yo sufro por causa suya, porque habiendo yo obrado contra su libertad individual es matemáticamente cierto que reaccionará en mi contra. Ahora bien, ¿cual es el bien supremo que yo amo sobre todo? La libertad, es decir, la integral expansión de mi individuo. En buena lógica, no puedo, pues, atentar á la libertad de mi vecino sin herirme á mí mismo. Por consiguiente, lo que yo amo en mí debo respetarlo en los demás. De otro modo la solidaridad no sería posible.» — ADOLFO RETÉ, *Promenades subversives*.

(1) No crea que hablamos en el sentido burgués de la palabra. Aceptamos la definición de A. Hamón. Por crimen entendemos «todo acto consciente que perjudique la libertad de obrar de un individuo de la misma especie que el autor del acto.» *Determinismo y Responsabilidad*, pág. 103, edición francesa.

(2) «Lo que constituye el fondo mismo del genio creador, esa facultad de salir de sí mismo, de desdoblarse, de desdoblar, de impersonalizarse, manifestación más alta de la sociabilidad, es también lo que constituye el peligro del genio. Es siempre peligroso vivir varias vidas de hombre á la vez, en las circunstancias más distintas, de un modo demasiado intenso y convencido. Se ha equiparado frecuentemente el genio á la locura. Uno de los rasgos comunes que entre ellos existen, es el desdoblamiento de la personalidad. Desdoblamiento voluntario, es cierto, pero que puede llegar á ser tan completo que el artista sea engañado por el juego del arte. Testimonio de ello Weber que, escribiendo *Freyschütz*, creía ver el diablo erguirse ante él, cuando en realidad lo

e todos
ranías,
onomía
unistas
volun-
apoyo
genios»
de que
alquier
almen-
ezca la
dad, en
ordina-
re pre-
eón, de
ro loco
desbor-
que po-
os caer

de salva-
determina
no sentido
el interés
e quedará
r la resis-
si en lugar
lo dirijo
mi vecino
ausa y yo
yo obrado
ticamente
hora bien,
todo? La
mi indivi-
entar á la
ismo. Por
petarlo en
seria posi-
sives.

o burgués
A. Hamón.
ciente que
iduo de la
rminismo
esa.

del genio
de desbor-
e, manifes-
ción lo que
e peligroso
as circuns-
do intenso
temente el
munes que
de la perso-
cierto, pero
e el artista
timonio de
creía ver
realidad lo

y c
sis
sen
ga
exp
por
par
vol
ner
con
qu
vill
dua
á s
mó
tra
vol
equ
dua
cre
se
En
ben
de
tam
ritu
dad
Aho
sob
cer
tra
llo,
lujo
cap
enfe
colo
ó vo
les
sent
le f
dia
entr
en c
lo; l
ña c
jeto
neces
ricia

y de una voluntad común, no puede subsistir más que por la solidaridad y el *consensus* de los individuos, que son sus órganos elementales. Esta solidaridad se expresa por el *espíritu público*, es decir, por una subordinación de las conciencias particulares á una idea colectiva, de las voluntades individuales á la voluntad general; y esta subordinación es lo que constituye la moralidad cívica. Pero hay que notar que, cuanto más avanza la civilización, más se desarrolla la individualidad; y este desarrollo puede llegar á ser una causa de decadencia si, al mismo tiempo que la individualidad se muestra más libre y más rica, no se subordina voluntariamente al conjunto social. El equilibrio, la conciliación de la individualidad creciente y de la solidaridad creciente; ese es el difícil problema que se plantea en las sociedades modernas. En cuanto se rompe este equilibrio en beneficio de lo que tiene de exclusivo y de egoísta la individualidad, hay debilitamiento del bienestar social y del espíritu público, hay desequilibrio, enfermedad, vejez, decadencia física y moral. Ahora bien; el egoísmo se manifiesta sobre todo por el rebuscamiento del placer individual, así como por la concentración individual sobre el yo: orgullo, envidia, lujuria y gula, avaricia y lujo, pereza, cólera, todos los pecados capitales de la moral son también las enfermedades de la sociedad. El orgullo coloca al individuo, en su yo intelectual ó voluntario, enfrente de los demás, que les convierten en extraños para él. El sentimiento que tiene por lo que todavía le falta, produce la envidia, esa discordia que comienza entre los individuos ó entre las clases; la envidia se convierte en cólera cuando se presenta el obstáculo; la lujuria, con el lujo que la acompaña con frecuencia, se convierte en el objeto de la vida y, para satisfacerla, se necesita oro; de aquí la codicia y la avaricia. Finalmente, la indiferencia por los

intereses de la sociedad y el deseo del bienestar individual conducen á la pereza. El resultado final es la disminución de fecundidad en la nación envejecida. Todos estos rasgos y todos estos vicios se encuentran en las literaturas de decadencia. El orgullo del artista es el que piensa en su yo más que en la verdad y en la belleza, el que se manifiesta por la afectación del saber, por la necesidad de singularizarse y de salir de lo común por la sutileza, por la declamación; es el rebuscamiento del placer con todos sus refinamientos, con su mezcla de amargura y de voluptuosidad.

Otro rasgo de las decadencias es, como ya hemos dicho, el gusto exagerado por el análisis, que concluye por ser una fuerza disolvente. La acción desaparece en beneficio de una contemplación ociosa, lo más á menudo dirigida hacia el yo. Nada más estéril que pasar revista á todos los sentimientos, con sus pesos y medidas en la mano, unirlos como una pieza de tela y hacer, por ejemplo, ciencia ó razonamiento con un amante ó una amada. Entonces se disuelve todo, todo pierde su valor para el analizador, aun el amor. El fin del amor le parece absolutamente desproporcionado con la pasión que excita; á sus ojos es una perturbación enorme, una verdadera conmoción del organismo, y todo esto por muy poca cosa. De una necesidad física *indeterminada*, combinada con una simpatía moral por ésta ó la otra persona *determinada*, nace un sentimiento, cuya violencia parece á veces una especie de monstruosidad en la naturaleza; su fin inmediato no lo justifica de ningún modo, y, sin embargo, sin este fin no existiría. ¿Os figuráis que alguien se deje morir de hambre porque se le niegue una golosina? ¡Pues esta es la situación de un amante despedido, y los hay que se dejan morir! ¡Oh imaginación, loca de la casa!—Así razona ó sinrazona el analista extremado; todos los sentimientos de que vive

la poesía pierden para él su sentido y su valor; ¡y, sin embargo, se le ocurrirá hacerse poeta, literato, crítico literario!

El análisis se aplica con frecuencia al yo; ahora bien; la preocupación constante del yo, que es un signo morboso para el cerebro, lo es también para la literatura. En el siglo xvii se consideraba el yo odioso; se echaba en cara á Montaigne el haberse exhibido, el haber ostentado con complacencia sus buenas cualidades y aun sus defectos. En el siglo xviii, habiendo adquirido la literatura con los Voltaire y los Rousseau un imperio casi sin límites, una hegemonía política y social, los literatos comenzaron á considerarse como los nuevos soberanos del mundo. Rousseau lleva la infatuación del yo hasta la locura; antes hemos visto un ejemplo de ello. Chateaubriand ostenta su orgullo y se considera como el Bonaparte de la literatura. Después vienen los Lamartine y los Hugo, que no han brillado por su humildad. ¿Es que eran más modestos los escritores del siglo xvii? No; pero no ostentaban así su yo. Por lo demás, como el lirismo se hizo dominante y con él la poesía subjetiva, el yo podía dejar de engreirse. Si hay una manera legítima de ocuparse de sí mismo, de analizarse, de exponerse á las miradas de los demás, también hay otra ilegítima. El análisis de sí mismo sólo tiene valor como medio de sobrepujarse á sí mismo, de proyectarse de algún modo en este mundo que nos envuelve, de descubrirlo, finalmente, aunque sea en la más ínfima medida. Así es como el ojo se aplica al estrecho vidrio del telescopio para acercar la estrella lejana ó descubrir la invisible; cierto que apenas es conocerla el verla así; pero ¿no es ya mucho el no ignorar su existencia? No hay que ver en uno mismo más que un rincón de la naturaleza que hay que observar, el único que se ha puesto á nuestro alcance de un modo constante. Esforzarse por encontrar un sentido en sí mismo es, en realidad, darle uno cualquiera á la naturaleza, de la cual hemos salido con el mismo título que todo lo que hay en ella, que todo lo que la compone. Pero cuando el análisis psicológico se transforma en el más estéril de los estudios, porque se funda en un error, es cuando llega á considerar el yo en sí y para sí, á hacer de él un todo limitado y mezquino, cuando no es más que una de las corrientes particulares de la vida universal. Tomar así el yo por centro y por fin es desconocer, en suma, su magnitud real; limitar á él las miradas, es encerrar el pensamiento y la existencia en un cerebro humano, es olvidar que la ley fundamental de los seres y de los espíritus es una radiación perpetua. «Conócete á ti mismo», dice la sabiduría antigua; sí, porque conocerse es explicarse á sí mismo y, por consiguiente, comprender también á los demás y aproximarse á ellos; el único medio que tenemos de ver es, seguramente, recurrir á nuestros propios ojos y á nuestra propia conciencia; nosotros mismos somos nuestra antorcha y sólo podemos velar porque todo en nosotros sirva para alimentar á la llama que ilumina todo lo demás. Sólo que para el que quiere explorar la noche, una cosa es poner la linterna en tierra, cerca de sus pies, donde sólo hará salir de la sombra á cierto número de granos de arena, y otra dirigirla á derecha é izquierda y proyectar su claridad á lo lejos y delante á cada paso. En el primer supuesto, aunque el hombre llegase á contar los granos de arena en que se reparte toda la luz de que dispone, no avanzaría en su exploración del mundo; en el segundo caso habrá visto lo bastante el camino para guiarse y aún quizá para imaginárselo donde no pueda seguirlo. El escritor que, lejos de tratar de desaparecer detrás de su obra, emplea todo su arte en sacar á luz todas las particularidades de su carácter y los granos de arena de su vida, ni siquiera habrá con-

seguido hacer resaltar su verdadera personalidad; porque la personalidad tiene su razón más profunda y más oculta en el fondo viejo común á todos. Sólo por la lectura de sus escritos conocemos mejor la personalidad de un Pascal que la personalidad de éste ó aquél que nos cuenta en detalle sus hechos y hazañas—cosas que se olvidan,—y que nos traza sus menores pensamientos, sus menores palabras. Todo esto desaparece aún para él, y con más razón para sus lectores, detrás de los pensamientos ó acciones verdaderamente expresivos de su vida y de la vida.

La crítica de nuestro tiempo ha sufrido el influjo de esta enfermedad literaria. Como ha llegado á ser ó á lisonjearse de ello, la dispensadora de la fama, gracias á la tiranía creciente del periodismo, ha acabado por creerse superior á la literatura verdaderamente fecunda, á la que produce, en lugar de analizar. Pero el colmo es ver que el crítico, más bien que apreciar las obras de los demás, lo que hace es anunciar que va á hablar de sí mismo con motivo de las obras ajenas. Á esto se llega en nuestros días. La verdadera crítica y la verdadera obra literaria deben igualmente buscar lo serio y lo impersonal. ¿Para qué perdernos en el tejido de los hilos sin número que constituyen el encaje más ó menos fino de nuestra vida, si no podemos nunca apresurar ni retardar su desarrollo? En presencia del movimiento perpetuo de nuestro mecanismo interior, busquemos más bien cuál es la cadena sin fin que le une á los grandes rodajes de la sociedad humana y del universo.

No negamos que la literatura de decadencia tenga á veces su belleza propia, belleza de forma y de color. También se le pueden aplicar los famosos versos de Baudelaire sobre su negra:

Avec ses vêtements ondoyants et nacrés...

Precisamente para ilusionar sobre la

esterilidad del fondo, es por lo que los decadentes llevan al último grado el trabajo de la forma: creen suplir el genio con el talento, que imita los procedimientos del genio. Pero, si las obras geniales son las más sugestivas y las más capaces de suscitar obras originales como ellas, también son las que se analizan y se imitan con más dificultad, porque el procedimiento se escapa; se parecen á la vida, que no se puede reproducir artificialmente. La verdadera poesía es un agua de manantial, ó un torrente que baja de la montaña; así es también el verdadero genio. El talento, la cañería que no deja perder una gota y que da un hilillo de agua muy delgado, que corre brillando sobre la hierba. La decadencia en el arte, es la substitución del genio por el talento, es la afectación de la habilidad, con la charlatanería que Baudelaire pretende que está permitida al mismo genio.

Toda alteración de la correlación y subordinación de los órganos en el organismo del estilo, lo mismo que en la vida individual y en la vida social, es una señal de decadencia, porque es la realización del egoísmo bajo la forma del arte. En una obra decadente, en lugar de estar hecha la parte para el todo, es el todo que está hecho para la parte; no sólo la página se hace *independiente*, como dice Paul Bourget, sino que adquiere más importancia que el libro, el párrafo más que la página, la frase más que el párrafo, y en la frase misma la palabra es la que domina, la que resalta. La palabra: ese es el tirano de los literatos de decadencia; su culto reemplaza al de la idea; en lugar de la verdad, y, por consiguiente, la ley ó el hecho, lo que se busca es el *efecto*, es decir, una sensación fuerte que revele al lector una potencia del autor y que sólo tiene por fin satisfacer el orgullo del uno, al mismo tiempo que la sensualidad del otro. No hay lengua lite-

raria más pobre en el fondo que la que está así compuesta de expresiones forzadas ó simplemente raras, porque estas expresiones se hacen notar y se convierten en una repetición fatigosa en cuanto se las ve que vuelven. «Permitidme, escribía Sainte-Beuve á Baudelaire, que os dé un consejo que sorprendería á los que no os conocen: desconfiáis demasiado de la pasión y esto lo consideraréis como

una teoría. Os entregáis demasiado al talento, á la combinación. Dejáos llevar, no temáis tanto sentir como los demás.» Este consejo podría dirigirse á todos los literatos de decadencia.

La idolatría de la forma conduce lo más frecuentemente al desprecio del fondo: todo se convierte en materia de un estilo hermoso, aun el vicio y sobre todo el vicio.

De El Arte desde el punto de vista sociológico, pág. 483 á 492.

Enrique de Parville

El apoyo mutuo entre los pájaros

Los pájaros son mucho más inteligentes de lo que generalmente se cree. Toda su psicología está aún envuelta por las sombras. Anteriormente describí, según un naturalista de valía cuyo nombre se me olvidó, las curiosas maniobras de un grupo de cornejas que parecía habían constituido un tribunal para juzgar á una. Ésta había entrado en un nido y asesinado un pequeñuelo. La madre se apercibió del crimen al volver al nido y salió enseguida chillando desesperadamente con fuerza. Varias cornejas acudieron á sus chillidos, y al cabo de poco tiempo se habían juntado algunas docenas y rodearon al pájaro asesino, dando desaforados gritos. El grupo parecía obedecer á un jefe. Éste presidía la ceremonia. Después, los gritos cesaron, el jefe se dirigió hacia la corneja asesina, y como si esto fuese una señal, todos los pájaros se arrojaron sobre ella y á picotazos la dejaron muerta. La sentencia quedaba ejecutada. ¿Existe, pues, una moral en los pájaros?

El Sr. Eugenio Muller, bibliotecario del Arsenal, cita un hecho de otro género que da testimonio de la solidaridad que, al parecer, existe entre la gente alada. Fué observado por él mismo y otras varias personas. Lo contaré brevemente. Se trata de golondrinas.

Una jóven pareja acababa de construir su nido bajo un abrigo, probablemente en el mismo sitio donde nacieron el año anterior, pues al lado había otro nido viejo con sus golondrinas instaladas allí desde que volvieron de luengas tierras; acaso eran el padre y la madre de la jóven pareja.

Mucho trabajó ésta para dejar terminada su vivienda, celebrada con chillidos de alegría. De pronto oyóse un pequeño y significativo ruido; todo cruge y se desagrega; la construcción ha caído.

Á los gritos de alegría se suceden los de dolor. Los dos vecinos acuden solícitos. La juventud carece de experiencia. Entre cuatro se repara más fácilmente la pérdida. Dos días de trabajo asiduo y la construcción renace, esta vez bien asentada en el sitio de la anterior.

Pero se conoce que el mortero debía ser de mala calidad, pues que la casa se hundió nuevamente. ¡Desolación! Y, sin embargo, tenía aspecto de solidez. Cuatro obreras la habían construido. Las golondrinas parecían alocadas. Toda la vecindad se iba en lamentaciones. Las golondrinas del barrio acudieron para observar el desastre. El nido estaba en el suelo, roto y dislocado. La asamblea se recogió, examinó el lugar, el abrigo,

la viga de madera... Y bruscamente, sin titubear, todo este pequeño mundo echó á volar y volvió á poco con materiales de toda clase. Preciso es ayudarse entre vecinos.

Los paseantes se detenían, observaban, maravillados del manejo de los pájaros. La empresa se llevó á cabo rápidamente; al cabo de cuatro horas un nuevo nido sustituía al antiguo y todo iba á quedar terminado... Pero sin duda el trabajo fué hecho demasiado aprisa, ya que ¡oh fatalidad! por tercera vez tanta actividad quedó perdida; la construcción se despegó y cayó á la calle.

Un inmenso grito de angustia atronó el espacio. Después de dar vueltas y más vueltas por los alrededores, todas las golondrinas emprendieron el vuelo nuevamente en todas direcciones. Diríase que huían espantadas de aquel lugar

maldito. Durante un cuarto de hora no se dejó ver ninguna; pero de repente una verdadera nube golondrinesca asomó por los alrededores del edificio. Todas las golondrinas de la comarca, á centenares, inspeccionaban el lugar del siniestro. Iban, venían, daban vueltas y más vueltas, hasta que una golondrina se detuvo sobre la viga. Un grito general saludó, sin duda, su aviso, y toda la nube echó á volar. Al cabo de un tiempo relativamente corto, los observadores las vieron volver, con el pico lleno del mortero que fueron á coger en la orilla, y una hora más tarde el edificio estaba reconstruido y tan sólidamente que aun dura, después de haber servido á dos nidadas.

Moraleja: ayudaos mutuamente. ¿Habría hecho lo mismo el hombre en circunstancias semejantes?

Folleto del *Journal des Débats*, París, 18 Agosto 1904.

Prof. Alfredo Trombetti

Ideales humanitarios

No hay nadie que no vea cómo de la comunidad de origen de las lenguas, resulta extraordinariamente robustecido el concepto de la fraternidad de los pueblos. Si bien esto ha entrado, por obra del cristianismo, en la mente de los buenos, no es menos cierto que no habiéndose fundamentado más que en el sentimiento de algunos pocos elegidos, es aún demasiado abstracto para ejercer una gran importancia práctica. Es necesario que se refuerce mediante una sólida base científica para que luego se transforme en aquel fuerte sentimiento universal, único que puede cambiar el estado de las cosas. Si esto sucede, como todos nos prometemos, cesará el espectáculo, que hoy nos adolora, de naciones consumiéndose una después de otra, espectáculo que, en proporciones mayores, y por tanto más deplorable, reproduce lo que

en la Edad media ofrecían aquellos sepultados vivos ó emparedados.

Observad con ojos de filósofo y de astrónomo y veréis los actuales beligerantes como también están reclusos detrás de un muro ó sepultados vivos en una fosa.

Cuando los pueblos se hayan reconocido como hermanos, no se matarán recíprocamente. La guerra fué durante mucho tiempo necesaria y á veces santa, y entonces, naturalmente, nadie se horrorizaba. ¿Por qué hoy suscita tanto horror? Si nos es permitido entrever un fin en la evolución universal, que á nosotros nos parezca implique también una perfectibilidad indefinida, este fin debe buscarse en la formación de la vida y de la consciencia, con grados siempre más elevados. En los primeros grados de la consciencia el individuo se considera como

centro del universo y su simpatía por los demás seres poco se extiende fuera de sí mismo, pero después, al elevarse la consciencia, los sentimientos se irradian del *centro al círculo*, como, por lo contrario, las acciones del mundo exterior se mueven del *círculo al centro*.

La simpatía tiende á difundirse siempre más: va universalizándose. Así, pues, si hoy se siente tanto horror por la guerra, es buena señal: quiere decir que entre los pueblos va naciendo aquella simpatía que los hermanará.

De *L'Università Popolare*, Mantova, 1904.

H. Spencer

Cuando se quiere "civilizar"

Si en nuestros tiempos el nombre «de aves de paso y presa» que Burke dió á los ingleses, en la India, cuando ocurrió el proceso de Warren Hastings, en el que los asistentes lloraban al escuchar el relato de las crueldades cometidas, si este nombre no puede aplicarse como antes, no es menos verdad que la táctica de expansión sin escrúpulos continúa. Como así hace observar un oficial de las Indias, el cirujano general Paske, todas nuestras conquistas y anexiones se hacen únicamente por motivos bajos y egoístas. El mayor Raverty, del ejército de Bombay, condena «el furor que se manifiesta en estos últimos años para apoderarse de lo que no nos pertenece ni nos ha pertenecido jamás, sin más excusa que la de que estas gentes son débiles y muy miserablemente armadas, mientras que nosotros somos fuertes y estamos provistos de excelentes armas.»

La resistencia opuesta á un cazador intruso, á un explorador agresivo, ó la desobediencia á un residente, ó hasta la negativa á suministrar *coolis* para los transportes, son un pretexto suficiente para la conquista y la anexión. En todas partes el curso habitual de lo sucesos es el siguiente: misioneros enviados á los príncipes indígenas, concesiones acorda-

das por éstos, querellas entre éstos y aquéllos, invasión de su territorio y apropiación de éste enseguida. Primero se envían hombres para que prediquen el cristianismo á los paganos y luego se les envían cristianos para que los siguen con las ametralladoras. Gentes llamadas salvajes, y que según el testimonio de numerosos viajeros, se conducen bien hasta el momento que se les maltrata, reciben lecciones de buena conducta de gentes sedicentes civilizadas, que enseguida los subyugan, inculcándoles la rectitud y demostrándosela... apoderándose de sus tierras. Esta política es muy simple, y siempre la misma: primero biblias, luego obuses. Hechos así ocurren en el extranjero, ¿cuáles son los sentimientos en el país? Honores, títulos y emolumentos llueven sobre los agresores. Un viajero que tiene en peso la vida de los hombres es considerado como un héroe y festejado por las clases superiores, y las inferiores ovacionan á un jefe de filibusteros. El «poderío británico», el «valor británico», los «intereses británicos» son palabras que oímos de todas las bocas. Pero de la justicia ni una palabra, ni siquiera se le consagra un solo pensamiento.

De *Las Instituciones profesionales é industriales*.

Recibido:

De la biblioteca de «El Porvenir del Obrero» (Castillo 59, Mahón): *La Anarquía*, por Elíseo Reclús, 15 céntimos.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento).—BARCELONA